

Idealismo y positivismo

El club los reunía a menudo, y aquella noche envuelta en fría niebla, contribuyó a que los dos amigos pudieran hallarse casi solos, lo que no ocurría habitualmente.

Lucio, el mayor de ellos, era un joven de alta estatura y cuyo aspecto daba la impresión de una fuerza extraordinaria, unido ésto a una expresión a un tiempo irónica y dulce. Su espíritu se tornó serio, quizá demasiado serio para sus años juveniles, al ponerse en contacto con sus amigos, Hernán y Eduardo, ambos hermanos por la sangre, aunque de almas diametralmente antagónicas.

Frecuente es, por lo demás, en la naturaleza esa contradicción, que de un mismo tronco nazcan tan diversos frutos.

Quizá la clarovidencia, que es don de las madres, hizo que la de Hernán eligiera para su hijo tan poético nombre. Era éste un soñador, un idealista, pero un idealista en exceso, que hasta el idealismo tiene un límite.

Aquella noche Hernán tenía la palabra y su rostro un momento antes muy pálido, se coloreaba por la exaltación de sus ideas; y de sus ojos negros brotaba extraña llama. Hablaba del dinero, — asunto de eterna actualidad — y había en sus expresiones una mezcla de desprecio y de burla por los hombres prácticos, los buscadores de oro como les llamaba.

Decía de ellos: marchan hacia su objeto, por un camino recto; en vano en medio de él se les aparecerá un Hada que los llame con su enigmática sonrisa; ellos no se detienen; avanzan casi a la carrera, jadeantes, atropellando todo lo que a su paso se opone. Reconozco que a menudo llegan a su objeto, pero desprecio ese triunfo obtenido a fuerza de cerrar los ojos para no contemplar las bellezas del camino.

En cambio, yo avanzo lentamente como quien hace una ascensión. Si a un lado del camino se divisa una flor, voy a

tomarla; ¿por qué dejarla sola allí expuesta a la ardorosa caricia del sol? ¡Eso puede matarla! ¡Cuán bella luce después en mi mano la flor! Con ella tomo de nuevo mi camino y sigo, sigo la ascensión. Mas si allá arriba se deja oír el canto de un ave triste ¿por qué no oírlo? y me detengo y escucho; escucho la voz del cantor triste y sigo escuchando, luego que aquélla se ha perdido, la voz que canta en mi propio corazón. Tarde llegaré a mi destino, mas me llevo todas las flores del camino y el eco de todas las armonías en él esparcidas.

A Eduardo, debió su madre llamarle John; culpable: el almanaque. De genio vivo, inquieto, curioso y emprendedor, es el prototipo de los hombres prácticos; él sí marcha derecho a su objeto. Las flores del camino no le tientan; cuando le sobre tiempo acaso las cortará; ahora no; va de viaje y se embarca en el rápido, pues se ha dado cita con la Fortuna y es ella muy veleidosa, ¡suele cambiar de antojo tan fácilmente!

Así habla Eduardo y lo hace con algo de sequedad al ver la burlona expresión de su hermano.

El amigo ha seguido la disputa con toda la apariencia de la impasibilidad; mas, si sus amigos hubieran hablado con más calma, hubieran podido observar relámpagos en sus ojos y contracciones de sus cejas, signos de encontrados pensamientos. Y es que los dos hermanos, el uno con su idealismo, con su carácter positivista el otro, le recuerdan fases de su propia vida, las dos tendencias que en determinadas circunstancias le disputaban, triunfando momentáneamente cada una de ellas hasta que el balanceo cesó y la balanza se encontró en el fiel.

En una situación de equilibrio se encontraba ahora el espíritu de Lucio. Bastante idealista para no pasar de largo ante la Belleza y el Arte; bastante práctico para proponerse un fin determinado y no extraviarse como Hernán siguiendo todas las encrucijadas del camino.

Cuando ambos hermanos alzaron a él los ojos como pidiendo su opinión, que acostumbraban respetar, les habló con esa expresión de ternura que tan bien sienta a los hombres fuertes. La ternura de los fuertes es incomparablemente más hermosa que la ternura de los débiles. Estos la dan porque a su vez la necesitan; aquéllos la ofrecen, como una compensación que debieran a los que la naturaleza sólo dió debilidades.

Un tierno afecto le ligaba a ambos hermanos; pero, aunque

sentía alguna preferencia por el soñador, quería ser justo y así les dijo: El dinero, la fortuna, lo es todo y no es nada. Puede sorprender, al pronto, esta contradicción, mas me explicaré:

Lo es todo para los que siguiendo la modernísima teoría del materialismo histórico, piensan que el factor económico es la única causa promotora de todos los cambios, de todas las transformaciones sociales o sea de la evolución de los pueblos a través de los siglos. Ellos olvidan que no siempre el dinero promovió los grandes movimientos humanos; que fué por la religión y no por el dinero que millones de cruzados atravesaron los desiertos de la Arabia, para rescatar el Santo Sepulcro, y que por el puntillo del honor se ensangrentaron en luchas legendarias los castillos medioevales. El dinero lo es todo para el avaro, el eterno personaje de Shakespeare, Shylock; lo es todo porque en su posesión cifra su vida; porque todas las energías de su cuerpo enjuto y de su alma vil se ejercen para llenar ese fin.

Para el avaro, es el del oro el más bello color, el más hermoso sonido, la forma más perfecta y a su contacto experimenta la más voluptuosa sensación.

El dinero lo es todo, para el que sin ser Shylock, cree que con él todo puede comprarse y que todo por lo tanto es vendible.

Los reyes de la banca, los favoritos de la fortuna, piensan que ante su oro se abrirán todas las puertas, se humillarán todas las altiveces, se alejarán todos los sinsabores.

El dinero lo es todo para el misero, que dejado de lado por la suerte siente temblar sus carnes por el frío y siente que de sus vísceras sale el grito del hambre.

Mas, al delicado cuerpecito del niño que mecido en dorada cuna tiembla sacudido por el frío que producen los aletazos de la muerte, las plumas, las ricas pieles, las colchas de encajes y de tules no pueden restituirle el calor que se le escapa con la vida.

Pensad en cambio en el niño pobre y harapososo, que por todo juguete tiene un deforme trozo de madera, pero que, en cambio, cuenta con un pródigo caudal de vigor físico. El hará, de ese ridículo muñeco sin ojos y sin brazos, su bebé, hasta su chupón y se dormirá cantándole.

¿Qué puede el dinero para ambos? Nada. El uno con todas

las riquezas de sus padres, no podría comprar al niño pobre su alegría y éste tampoco la compró pues los suyos nada tenían.

Y cuando a la madre desventurada le hayan llevado a su hijo ¿de qué le servirá reposar en regia cama, bajo colchas de púrpura suntuosa, si ha de pasar la noche llorando?

Y al amante engañado en todas sus esperanzas ¿puede el oro devolvérselas?

Ya lo véis; el dinero lo es todo y no es nada, y así en nuestro siglo, unos lo buscan con ansiedad, otros lo desprecian, cosas igualmente poco razonables. En éste como en muchos problemas, la solución es cuestión de equilibrio.

Pasar la vida soñando es acaso hermoso; mas, ¿a qué fin nos conduce? Yo no alcanzo a ver lo que se encuentra, al final del camino que tú sigues, Hernán; Eduardo siquiera se propone algo concreto; pero tú, cuando llegue la época, que tarde o temprano llega en la vida de los hombres como llega en la vida de las aves, en que sientas la necesidad de hacer un nido ¿crees tú que los polluelos se van a alimentar de ensueños?

ADELA C. NÚÑEZ.
